

PRÓLOGO

El despotismo ilustrado español llegó al poder con Ensenada y Carvajal, en un momento de euforia política desatada por la llegada al trono de Fernando VI (1746), la esperanza del partido español, y por la paz de Aquisgrán (1748), que supuso el primer respiro de la Hacienda en muchos años. Había paz, dinero y proyectos en que emplearlo. Como dijo Carvajal, “la paz nos deja hábiles de hacer prodigios”. Era el momento de *los españoles*.

Amparados por la monarquía absoluta, fuente legitimadora de todo poder, los reformistas *españoles* asumieron las líneas de la Ilustración pragmática (científica y técnica) y usaron –más Ensenada, menos Carvajal– el despotismo de influencia francesa, la práctica política que más se adecuaba al régimen de “ministros con el rey”. Con esos medios sirvieron a la Corona *a la antigua*, pero a la vez desarrollaron el Estado, que desde su espectacular avance en tiempos del ministerio bifronte (1746-1754), ya sólo podría ser un Estado Reformador. Los propios reyes aparecerían como reformadores, liderando el *proceso estatalizador*, una astucia más de los grandes ministros déspotas.

Pero las reformas, como los reformistas, tuvieron un espacio escaso, breve y arriesgado, el que estaba limitado, por un lado, por las resistencias propias de un país que asumía la rutina como fatalidad desde la Decadencia, y por otro, por la “real gana”, o sea, por las reacciones de unos monarcas que, a la mínima, veían (o les hacían ver) en peligro su poder absoluto y sacralizado. Ensenada usó ese espacio, marco natural de la acción del Estado, poniéndolo a su servicio y ensanchando sus atribuciones. Para ello necesitó el *partido*.

De manera natural, la clientela fue creciendo y llegó un momento en que era ya el “brazo”, la “cofradía”, la “farándula de don Zenón”, es decir, el conjunto de servidores del Estado –y del Jefe- que se reconocían partidarios ensenadistas, ellos y su oposición –“el bando contrario”, dicen los pasquines-, también agrupada en torno a una jefatura: la del duque de Huéscar (de Alba desde 1755): lo suficiente para que, como ha descrito P.L. Lorenzo Cadarso, los lazos tradicionales en la fabricación de hechuras –familiares, regionales, estamentales, etc.- pasaran al campo plenamente político.

El partido tuvo –condición sine qua nom- un “bando contrario”, que fue creciendo en paralelo a las cotas de poder que conseguían los ensenadistas. Durante el gran año ensenadista, 1752, se hizo muy visible, aprovechando la visita de Wall a la corte española. Probablemente, el embajador inglés Keene vio ya la brecha por la que iba a entrar en la conspiración. Pero, mientras vivió Carvajal, íntimo de la familia Alba y bienquisto entre los grandes, su “cofradía” no osó atacar al marqués, por mucho que al ministro de Estado le desesperaran las “maquiaveladas” de Ensenada. Carvajal, el tozudo “Tío no ha tal”, no quería riesgos: sabía que deshacer el poder del marqués tendría graves repercusiones incluso en su política de equilibrio europeo. Por eso Huéscar tuvo que esperar.

La muerte del ministro de Estado, el 8 de abril de 1754, dejó libre el camino al conspirador. Con Wall, al que había llamado al ministerio, enfrentó al partido ensenadista con la Domus Regia, dando a entender a los reyes que el poder del Jefe –ahora sin Carvajal, ilimitado- era despótico, autónomo –Ensenada daba órdenes que el rey no conocía-, incluso que podía llegar a ser fuente de legitimación política (de su *partido*), y desde luego, una amenaza visible contra los privilegiados. Una vez más, los grandes, resentidos, pusieron al rey absoluto contra un “En sí nada”.

Y es que el *partido* fue el recurso de los plebeyos, hombres sin nobleza, sin título y sin dinero. El partido de los Ordeñana, Francia, Orcasitas, Banfi, Pérez Delgado, fue el instrumento político fundamental del hidalguillo medrado, el que el grande Aranda no necesitó (de ahí que hablar de partido aragonés sea entrar en el mundo de los sueños) y el que Ensenada, sin embargo, hubo de utilizar en todo: para hacer avanzar sus proyectos, pero también para protegerse (y para proteger a sus miembros). Sin el partido, Ensenada hubiera sido como Villarías (ya lo fue antes de 1748). Con el partido llegó a ser un *primer ministro*: “el secretario de todo”, como le llamaba el padre Isla.

La doctora Cristina González Caizán ha logrado reconstruir el partido en ese periodo que coincide con la puesta en práctica del proyecto ensenadista (1748-1754). Ha usado la herramienta que un buen espía hubiera usado en la época: la información. Ha *corrido las cortes* buscándola, ha interceptando y descifrado cartas, billetes y recados; ha hecho el *Grand Tour* de los archivos: Madrid, París, Londres, Lisboa, entre otros; y ha recorrido el arsenal de la bibliografía, desde la magna obra del archivero A. Rodríguez Villa a la precisa y documentada del maestro D. Ozanam, pasando por los grandes de este periodo, R. Olaechea, M.D. Gómez Molleda, T. Egido, C. Martínez Shaw, P. Molas, .V. López Cordón, etc. Ha tenido siempre a su lado un buen piloto, su marido J. Ciechanowky, abierto al mundo, conocedor por dentro de las lides de la diplomacia, y gran humanista e hispanista; y ha contado con la ayuda de la Fundación Jorge Juan, que justamente ha valorado y premiado su trabajo; también y sobre todo, con la de su patrono secretario, Jorge Juan Guillén Silvetti, nuestro embajador en la Marina, en el que revive el espíritu del mejor ensenadismo.

Cristina González Caizán es la primera doctora de la primera promoción de Humanidades de la Universidad de La Rioja. La nueva

titulación ha producido una historiadora, y una historiadora dieciochista, lo que es prueba de que no importa tanto el camino previo como el cumplimiento de los objetivos universitarios. La universidad no debiera ser sino generalista, es decir, una plataforma de saberes, que luego se desarrollarán por uno u otro camino. La universidad del historiador debe ser la del latín y el griego, la del inglés, la de la economía y la filosofía, por supuesto la de internet y la informática... Historia, lo que se dice historia se aprende luego, cuando uno es viejo.

Cristina González Caizán está en el camino de la humanista que se encuentra con el reto de la historia, al acecho de lo que su propia experiencia como profesora universitaria en Polonia, como investigadora en cualquier país, le proporciona. Nuevas fuentes producen nuevos planteamientos, los que enriquecen este libro: la respuesta al reto, una más, pues hay antes ensayos de primera línea de la autora: un interesantísimo estudio de la biblioteca de Ordeñana, o la sabrosa –y esclarecedora– correspondencia entre Ordeñana y Feijoo, tan interesante para reforzar los argumentos del profesor A. Mestre. En el futuro, el reto será otra historia, seguro que tan cosmopolita y sugerente como ésta sobre el partido ensenadista o la que prepara sobre la embajada de Aranda en Polonia. En cualquier caso, en Varsovia o en Nueva York, Cristina González Caizán seguirá dando ejemplo del buen hacer de esta generación de jóvenes historiadores europeos, formados en uno de sus “confines”. Y el XVIII español, enriqueciéndose con aportaciones como ésta, el más bello fruto de la Fundación Jorge Juan y de su patrona, nuestra amiga doña Mercedes Cort.

José Luis Gómez Urdáñez

Catedrático de Historia Moderna

Universidad de La Rioja

